

GUÍA DE LAS CRUCES Y FUEGOS DE MAYO

Los Realejos, municipio de 37.000 habitantes, está situado al este del Valle de La Orotava (Tenerife), siendo uno de lo más festivos de España, pues a lo largo del año celebra más de 80 fiestas populares, destacando especialmente las que tienen lugar durante los meses de mayo y julio como, por ejemplo, las de la Cruz (Realejo Alto), que incluyen además las solemnidades de San Isidro Labrador y la Virgen de los Remedios. En julio, es la imagen de Nuestra Señora del Carmen (núcleo de San Agustín) la que suscita una auténtica fiesta devocional.

De todas las fiestas, las de la Cruz - que incluyen la extraordinaria exhibición de fuegos de artificio, considerada como una de las mejores de Europa -, tienen un aroma especial que ponen punto y final a una larga espera en la que los vecinos, y Tenerife en general, pueden disfrutar una vez más de una maravillosa expresión de arte efímero: el color y la belleza producidos por las explosiones en el cielo realejero en la noche del 3 de mayo, que alcanzan las tres horas de duración.

Si bien estas fiestas se viven en todo el municipio, hay dos lugares, en cambio, que podemos considerar el centro de las celebraciones. Nos referimos a las populares calles de El Medio y de El Sol, en el citado Realejo Alto, y al conocido barrio de La Cruz Santa. Si bien presentan aspectos comunes en cuanto a la organización de las fiestas, no obstante el origen y la evolución de ambas celebraciones han transcurrido de forma separada e independiente.

El fenómeno religioso de la devoción a la Cruz en Los Realejos debemos de entenderlo desde dos puntos de vista relacionados entre sí. Por un lado, el origen o fundamento histórico de esta tradición y, por otro, la difusión y la devoción al Santo Madero que está íntimamente relacionada con la presencia franciscana en el municipio. En el primer caso, su origen lo debemos buscar en la finalización de la conquista de Canarias - ocurrida en Los Realejos, en 1496 -, y en la colocación de una cruz de madera en lo que luego sería el templo del Apóstol Santiago (primer templo cristiano de Tenerife). De este primitivo madero se conservan restos dentro de una cruz de filigrana de plata (1677), que forma parte del rico patrimonio mueble del referido templo. Mientras, en el segundo caso, habría que destacar la fundación del convento franciscano de Santa Lucía en los comienzos del siglo XVII, que propició que aquellos frailes recoletos colocaran cruces en lugares alejados de los núcleos, al borde de los caminos, o que establecieran los propios Vía Crucis.

Hoy en día Los Realejos cuenta, en todo su municipio, con cerca de tres centenares de este símbolo cristiano, que en capillas (Cruz Verde, La Carrera, etc.), fachadas (Cruz de Remedios o Meyos), templos, casas particulares (La Cruz Santa), ocupando cabeceras de calles, riscos y peñas en el mar y en el monte (La Degollada de Fregel, a 1.400 metros de altitud), serventías, caminos reales (Camino de San Pedro), miradores (La Corona) o simplemente clavadas en el suelo, son signos de identidad de la Villa.

Los enramas florales son parte esencial de la celebración de este especial día del 3 de mayo. Capillas, ermitas y cruces de pared, independientemente de su ubicación, amanecen con sus mejores galas, cumpliendo de esta forma un año más con la

centenaria tradición. Aunque la toponimia, la heráldica y las genealogías de nuestras tierras y pueblos hispanos están salpicadas por el nombre de la Cruz, en ningún lugar se ensalza y se celebra esta festividad como en Los Realejos.

Son miles los turistas y visitantes que acuden ese día para admirar y disfrutar de los monumentos florales que el fervor realejero levanta a los pies de sus cruces, como las de las Calles de El Sol y El Medio, y las del núcleo de La Cruz Santa, un lugar donde se vive de forma distinta una hermosa costumbre, que consiste en adornar y embellecer las pequeñas cruces domésticas que durante el año custodian en la intimidad hogareña, para luego abrir sus puertas a todos los visitantes que las admiran y elogian como expresión de piedad y respeto.

La razón por la que la Iglesia Católica dedica el 3 de mayo al Santo Madero, en su fiesta de la “Invención de la Cruz”, distinta a la que tiene lugar el 14 de septiembre (“Exaltación de la Cruz”), se debe a Santa Elena, madre del emperador Constantino, que en el año 326 descubrió, tras ardua búsqueda, el lugar donde se hallaba el Santo Sepulcro en Jerusalén y excavando a poca distancia encontró milagrosamente el Calvario y la Cruz del Redentor. Esta fiesta se extendió fervorosamente por todo el orbe cristiano, contando en Canarias con una inusitada aceptación debido, como ya se ha dicho, a la catequesis y predicación franciscanas, convirtiéndose Los Realejos en la máxima expresión de la misma.

En el siglo XVIII las celebraciones y regocijos propios de estas fiestas continuaron aumentando a pesar de las limitaciones impuestas por las autoridades civiles y eclesiásticas que, poco amigas de la diversión, pretendían prohibirlo casi todo: hogueras de las vísperas, fuegos de artificio, bailes nocturnos y hasta algunas procesiones. Pero a pesar de ello, en este municipio se siguieron celebrando de la misma forma, haciendo caso omiso a las autoridades de la época, al igual que ocurriera más recientemente cuando la celebración de la “Invención de la Cruz” fue suprimida en la reforma litúrgica ordenada por el papa Juan XXIII en 1959.

Al iniciarse la segunda mitad del siglo XIX se incrementaron los cultos religiosos y los festejos, incluyéndose enramadas, arcos de frutos del país, parrandas, etc. Tal ha sido su aceptación y arraigo, que este día ha sido elegido como fiesta local en el municipio.

LAS FIESTAS EN LAS CALLES DE EL MEDIO Y DE EL SOL EL “PIQUE” Y LOS FUEGOS ARTIFICIALES

Con el paso del tiempo, y desde mediados del pasado siglo, las fiestas se han visto notablemente enriquecidas con los exuberantes adornos florales y la espectacular exhibición pirotécnica que tiene lugar entre las Calles de El Medio y El Sol, que avala la maestría de las pirotecnias de este municipio, una de ellas la empresa Hermanos Toste, con más de doscientos años de trayectoria, considerada históricamente el primer taller de “foguetería” de Canarias, y la primera de España en calidad pirotécnica, consiguiendo a lo largo de su historia innumerables premios locales, nacionales e internacionales.

Pero detrás de estas celebraciones y de la gran exhibición de fuegos de artificio, hay

una circunstancia que ha sido la clave fundamental para la supervivencia y desarrollo de las mismas, en lo que a las calles de El Sol y de El Medio se refiere: la rivalidad - “el pique” - entre ellas, que en épocas pasadas ha estado a punto de desembocar en un auténtico “estado de guerra” y provocar altercados de incalculables dimensiones, contemplados hoy como meras anécdotas y como un componente enriquecedor de las fiestas.

Algunos estudiosos apuntan que este “pique” se remonta a 1770 y a la existencia de dos clases sociales bien diferenciadas: los propietarios de las tierras por donde discurría la calle de El Medio, también conocida como calle de los Marqueses, y los medianeros y pequeños campesinos de la calle de El Sol. Esta circunstancia se ha querido interpretar como el origen o desencadenamiento del mentado “pique”, si bien es cierto que, tras la emigración a Venezuela, ocurrida años atrás, estos contrastes económicos tan pronunciados han desaparecido.

En ciertos documentos antiguos consta que en otro tiempo la de El Sol fue la calle de La Lagaña, y que estaba constituida por cuarenta y tres casas de vecindad en las que residían familias económicamente modestas, habitadas por labradores y asalariados jornaleros, algún cabuquero, zapatero, viñatero o carpintero, así como por mujeres que se dedicaban a lavar la ropa ajena, a majar lino, devanar, hilar, coser, además de cuidar a la familia, educar a los hijos y ayudar en las faenas agrícolas y ganaderas. Todo ello, como puede deducirse, dentro de un nivel de vida bajo y un grado de instrucción o formación muy escaso. Mientras, los datos transmitidos sobre los moradores de la calle de El Medio arrojan nombres de clérigos, militares y apellidos compuestos de cierto abolengo, que revelan allí la presencia de gentes más acomodadas que los humildes vecinos de La Lagaña y que ayudan a comprender el origen de las famosas rivalidades vecinales de ambas calles.

Así, el “pique” o la sana rivalidad entre ambas calles comienza históricamente como un día de conflicto simulado entre “marqueses” y campesinos. La porfía consistía en que al paso de la Cruz en procesión, cada calle encendía hogueras, humos de colores y se hacía mucho ruido, de modo que ganaba aquella que mayores fogatas, mayores columnas de humo o más ruido hubiera hecho. Pero tras la irrupción de las pirotecnias en estas fiestas, se pasaron a vivir auténticas batallas campales con petardos y voladores que surcaban el cielo en horizontal buscando la calle “enemiga”.

Por estos motivos las celebraciones del día de la Cruz se convirtieron en pretexto legítimo para enfrentarse, con lo que se acabó relegando a un segundo plano el carácter religioso de las mismas. En esos años las fiestas y el “pique” eran totalmente diferentes a como se viven hoy.

La procesión, principal acontecimiento, empezó en su día subiendo por la calle de El Medio y bajando por la de El Sol, pues era la Cruz el primer signo religioso que se veneraba en la calle, hasta que posteriormente se fueron incorporando algunas imágenes de santos, como la de Santa Elena. No obstante, en el período comprendido entre los años 1928 y 1932 se modificó este recorrido presidido ya únicamente por la Cruz; subía por la empinada calle de El Sol y bajaba por la calle de El Medio.

Al pasar la procesión por delante de las respectivas cruces, se hacía un descanso que motivó que se tuvieran una serie de detalles para venerar al Santo Madero, colocando flores y aderezando los lugares y caminos por donde pasaba éste, motivando así el comienzo de las celebraciones.

Las cruces de ambas calles carecían de capillas, de modo que en el día de la fiesta se les improvisaban unas con varas de castaño y cañas que luego se cubrían con sábanas nuevas ofrecidas por los vecinos. Al mismo tiempo se les confeccionaban unos altares y se enramaban con las flores que se pedían por las casas, siguiendo más o menos el mismo modelo usado en los enramados actuales.

Anteriormente, las calles estaban empedradas por irregulares adoquines que se emparejaban y se dejaban más vistosas rellenándolas con zahorra o picón, de forma que quedaban cómodas y lisas. También se iba al monte para bajar ramas y plumas para el adorno de las calles. Las plumas eran grandes palos o troncos finos de árbol, de unos 10 ó 12 centímetros de diámetro, que se colocaban en los bordes de la calle para sustentar los adornos.

Cada calle prepara su fiesta por separado rivalizando en magnitud y espectacularidad. Esta preparación comienza desde que terminan las celebraciones del año anterior, puesto que hay que conseguir dinero para cubrir los objetivos previstos por las comisiones de fiestas. Lo que se llama la “perra de la Cruz” es una tradición y una necesidad que lleva a pedir puerta por puerta el dinero que luego se invertirá en las fiestas, colaborando todos los vecinos y los simpatizantes con una cuota mensual que se engorda los últimos días cuando se hace la postrera recogida. Además de esta financiación se realizan diferentes actividades a lo largo del año para conseguir aumentar los fondos, como pueden ser excursiones, comidas, viajes, etc., así como las ya tradicionales rifas y hartangas de Navidad. También contribuyen al fondo los donativos que muchas personas envían desde fuera del municipio y los recogidos en cada capilla de Cruz. Además de eso, antiguamente se calaban manteles, se criaban cochinitos y hasta hubo un tiempo en el que se cuidaban potros para luego venderlos. Es digno de mención el esfuerzo de los vecinos tanto moral como económico para llevar a cabo estas Fiestas de Cruz, pues no reciben subvenciones ni ayudas oficiales de ningún tipo, algo que le da a estas fiestas un carácter único.

Se comenzó rivalizando por el embellecimiento de las calles con enramados florales, y es a partir de la segunda mitad del siglo XIX cuando el “pique” se acentúa al erigirse las nuevas capillas destinadas a ensalzar las cruces que se encontraban en las citadas vías, donde tenían lugar los festejos dentro y fuera de sus recintos.

Antiguamente, cuando la Cruz llegaba en procesión a cada calle comenzaba la celebración con gritos y grandes estampidos ocasionados por los fuegos de explosión, formados por tracas y regueros de pólvora colocados por los fieles en las aceras y zaguanes de las casas, que al estallar ocasionaban un gran estruendo debido al eco. Con el paso del tiempo la imaginación hizo que se fuera perfeccionando esta forma de expresión empezándose a fabricar ruedas de fuegos hechas de caña, de modo que una vez sumergidos en esta vorágine de superación se consiguió añadir, a las ya novedosas ruedas de cañas, un dispositivo que hacía

que éstas se elevaran hasta alcanzar algunas pocas decenas de metros y que darían lugar posteriormente a los tan apreciados voladores de hoy en día.

Son muchas las anécdotas ocurridas con motivo de esta festividad y que la han salpicado de recuerdos pintorescos e inolvidables para sus protagonistas. Así, un año se ideó un avión de varas, cañas y papel para lanzarlo por detrás de la Cruz, a través de un cable que llegaba de una zona más alta. Este avión iba lleno de petardos y, antes de llegar a la capilla, volcó y explotaron los petardos.

En 1963 la lluvia impidió sacar en recorrido procesional la Cruz, y se expone el deseo de los vecinos de posponer las celebraciones para el domingo inmediato. El cronista ocasional relata que una pertinaz llovizna molestaba el tránsito y la marcha en un cortejo religioso de paso moderado. Sin embargo, añade éste, la verdadera razón fue la de no tener preparada la exorbitante cantidad de fuegos de artificio para quemar en ambas calles al paso de la Cruz.

En opinión de la autoridad eclesiástica de la época, la cantidad de fuego impedía el orden y el recogimiento debido en estas manifestaciones externas de culto religioso, siendo lamentablemente visible la algarabía, carreras y consiguiente desorden que predominaba debido a la inmoderada cantidad de cohetes y otros peligrosos artefactos de pirotecnia que hacían peligrar la integridad personal de quienes acompañaban a la Santa Cruz en el recorrido procesional.

También existe otra anécdota inolvidable protagonizada por los vecinos de la calle de El Sol, cuando trajeron un cañón real proveniente del Fortín de San Fernando (Rambla de Castro), en la costa realejera, y llenándolo de pólvora lo dirigieron hacia los tejados y azoteas de la calle de El Medio, separadas por un barranco - actualmente convertido en calle - apenas a 40 metros de distancia. No hubo que lamentar daños personales, pero sí regocijo en la calle de El Sol y pánico en la de El Medio.

Otro hecho bien recordado y que ilustra la entrega de los vecinos por su fiesta, es el que ocurrió en 1982, año en el que la comisión de fiestas de la calle de El Medio decidió hacer una plaza cercana a la capilla, invirtiendo todo el dinero recaudado, no quedando así ni siquiera dinero para los fuegos. Ante esta situación, y al enterarse los vecinos de estos hechos, salieron a pedir nuevamente la “perra de la Cruz”, y consiguieron para los fuegos una cifra superior a los tres millones de pesetas, dejando asombrados hasta los propios miembros de la referida comisión de fiestas.

También surge la evocación de la comida de hermandad que unió por única vez - que se sepa -, a las comisiones de fiestas de ambas calles, y que muchos sueñan en repetir. Tuvo lugar, eso sí, a mitad de camino, en la carretera que fue puente sobre el barranco del Tornero o Tagaceite, y que las dividía sin que se mezclaran los comensales pertenecientes a una u otra comisión.

TRADICIÓN PIROTÉCNICA EN LOS REALEJOS LOS HERMANOS TOSTE

Antaño la procesión salía de día, hacia las doce, después de la Misa de las diez

recorriendo las calles en cuestión ya decoradas con las plumas, ramos y otros adornos que pendían de ellos como faroles de papel, cuerdas y ristras de papel cortado y pegado en un cordón que unía las plumas, dando mucha vistosidad al enrame. Pero con el paso del tiempo los fuegos fueron adquiriendo un protagonismo tal, que la procesión de la Cruz se pospuso del mediodía a la noche para poder observar con mejor nitidez los colores que esta nueva forma de celebración ofrecía. Con ello nació una nueva fiesta paralela a la de las Cruces y sus enrames: la de los fuegos de artificio.

Desde entonces la calidad de los fuegos no hizo más que crecer, aunque nunca se olvidó su fin último: celebrar con mucho ruido la llegada de la Cruz en procesión a cada una de las calles. Esta tradición que surgió en un principio de forma espontánea, fue adquiriendo una mayor organización que hizo que los fuegos tomaran un camino más de rivalidad entre vecinos que de actividad lúdica de acompañamiento o realce a las fiestas.

Ese día la pólvora adquiere un protagonismo que no tiene parangón en otros lugares. Desde el mismo amanecer se comienzan a escuchar los voladores y sus ecos recorren todos los rincones del Valle de La Orotava. Al mediodía, después de la primera procesión de la Cruz, tiene lugar junto a la iglesia de Santiago Apóstol una espectacular y ya tradicional traca que a nadie deja indiferente. Pero es después del anochecer cuando tiene lugar la grandiosa exhibición pirotécnica, una de las mayores y más importantes de Europa, que es capaz de reunir, durante unas tres horas, a miles de visitantes y turistas venidos de todas partes, en los miradores, carreteras, arceles, plazas y demás rincones del municipio. Son muchos los testimonios recogidos de gentes venidas de otros países atraídas por el reclamo de unas fiestas tranquilas, seguras y espectaculares, y que acuden a Los Realejos exclusivamente por estas fechas.

Los Realejos es, sin duda, uno de los centros pirotécnicos más importantes de España y de Europa. Cada calle tenía su propia pirotecnia, la *Teide* (actualmente Pirotecnia *Hermanos Toste*) en la calle de El Medio, y la *Santa Bárbara* en la calle de El Sol, hasta que en el año 1990 esta última desapareció tras un fatal accidente. Actualmente han cambiado las cosas y la Pirotecnia *Hermanos Toste* representa a la calle de El Sol y la *Canarias* a la calle de El Medio (esta última pirotecnia, fundada por realejeros, ya ha pasado a formar parte de la esencia de las fiestas actuales). Pero lo que no ha cambiado es la esencia que siempre ha caracterizado estas celebraciones y que es la de venerar a la Cruz acogiendo, con los brazos abiertos, a todos aquellos que vienen cada año a admirar la devoción y entrega que los vecinos de ambas calles ponen en la realización de unas fiestas únicas e incomparables.

La Pirotecnia *Hermanos Toste* es una empresa de tradición familiar que fue fundada en Los Realejos con el nombre de Pirotecnia *Teide*, en 1788, siendo su creador Marcos Toste del Castillo, que pasa de generación en generación hasta que en 1982 se le conoce por el actual nombre. Sigue manteniendo el carácter artesanal en la elaboración de los fuegos artificiales y ha obtenido gran cantidad de premios que avalan su maestría y su buen hacer, como el primer premio de campeones de fuegos artificiales de Mónaco en 1993 y 1995, el segundo premio del mismo festival en 1980, el segundo premio de San Sebastián en el 2000, el premio del público

Tarragona 2003, el Arco de Europa Estrella de Oro a la Calidad Internacional en 1990, etc.

LAS CRUCES Y LOS ENRAMES DE LA CRUZ SANTA

Las Fiestas de Mayo tienen una especial celebración en el núcleo poblacional de La Cruz Santa, núcleo que lleva su nombre y que tiene un especial significado, pues según cuenta la historia local, sus comienzos parecen asociarse con una entrañable y romántica leyenda que narra el siguiente acontecimiento: ocurría el año 1666, comienzo del mes de las flores en el Pago de Higa - antigua denominación de La Cruz Santa -, cuando un jinete de una hacienda cercana se disponía a cruzar el barranco que actualmente divide este núcleo con el límite del municipio cercano, su caballo quedó totalmente frenado y se negaba a pasar a la otra orilla. El hacendado golpeó al animal y éste, en un acto de rebeldía, le tiró de su montura. La sorpresa del señor fue tal que, al recuperarse de la caída, vio que el caballo escarbaba, y entre piedras y arena, descubría una cruz.

El jinete, tras este hecho, mandó construir una capilla en el montículo denominado de la Suerte - con el que actualmente se sigue conociendo a este lugar y al barranco - y dejó emplazada allí la cruz encontrada. Así nació La Cruz Santa.

Pasaron algunos años y la devoción al Santo Madero dentro del pago iba creciendo cada vez más. Pero en el año 1713 dicha capilla desapareció a raíz de un gran aluvión, pudiendo ser rescatada no obstante la cruz. La gente de la zona decidió emplazar a otro lugar el maltrecho recinto, construyendo una ermita, que viene a ser la actual iglesia, cuya edificación necesitó piedras del citado barranco. Los propios fieles se comprometieron en transportarlas en carretas o animales de carga hasta el lugar destinado, donde ellos mismos la labraron para llevar a cabo todo el sistema de cantería. Este trabajo tardó 35 años en completarse.

Desde entonces, la devoción a la Santa Cruz sigue intacta en los corazones de los crusanteros, manifestado no solo en sus innumerables capillas levantadas al borde de las vías urbanas y caminos, sino también en buena parte de las viviendas que, al llegar el 3 de mayo, colaboran con la fiesta organizando espectaculares altares que ocupan la estancia más noble. Es un acontecimiento único que expresa la enraizada devoción a la Cruz de Cristo, materializada en aquella cruz encontrada por el legendario jinete que hoy se custodia celosamente en la parroquia de esta localidad, presidiendo el altar mayor.

Así pues, hay dos importantes manifestaciones de la plástica artística que tiene lugar durante los días festivos: las llamadas capillas de cruz y los altares o "enrames" organizados en muchas de las viviendas del lugar.

Las primeras son expresiones piadosas que las podemos encontrar en todas las capillas de Los Realejos, pues no hay una calle con referencia histórica que no cuente con uno - o dos - de estos pequeños recintos sacros. Sin embargo, las capillas de La Cruz Santa cobran una importancia especial ya que son las principales protagonistas de las fiestas, presumiendo de la mayor solera del municipio, algunas remontándose a la segunda mitad del siglo XIX.

En el pasado estas capillas tuvieron una destacada presencia en el recorrido urbano, pues las casas eran mas bien bajas, de una sola planta, con tramos de muros, huertas y vegetación. Las capillas se erguían con personalidad propia, emblemáticas, sacralizando todos los espacios. Ahora, la situación es bien distinta. El crecimiento descontrolado y la nula estética de las nuevas construcciones asfixian y aprietan las capillas, ecos de aquella entrañable leyenda del jinete. Son edificios de reducidas dimensiones, cuyo esquema constructivo se repite en todas ellas, salvo alguna que otra variedad compositiva centrada sobre todo en los remates. Su interior, de poca profundidad, cuenta con un altar escalonado de mampostería - ocasionalmente de madera -, en cuya cúspide aparece colocada la cruz, policromada o no, que al llegar la fiesta muestra su más valioso y artístico sudario. La techumbre suele ser bastante simple, generalmente a cuatro aguas, encalada, aunque a veces suele presentar resultados carpinteriles.

Próximo al día 3 de mayo, los vecinos proceden al adecentamiento de cada capilla, enjalbegándola y pintando sus puertas y otros elementos análogos. Luego, la selección de las flores, las velas, lámparas y tejidos. Y es aquí donde radica la labor artística. Se trata de un hecho que, si bien se apoya en la tradición, en los modelos y esquemas dejados por los artepasados, sigue siendo espontáneo, expresando ese gusto personal, delicado y altruista de los habitantes de La Cruz Santa, extensivo a todos Los Realejos.

Las capillas enramadas son auténticas obras de arte, de arte efímero, porque las flores son las que determinan el tiempo. Esas flores delicadamente elegidas según los tamaños y colores, formas y aromas, que decrecen a medida que avanzan hasta los pies de la misma cruz. Los damascos, los doseles que protegen la cruz de madera, los sudarios primorosamente bordados con temas eucarísticos y pasionales. Los búcaros de cristal o porcelana, las velas cubiertas por relieves en cera, los encajes, la alfombra y, especialmente, el perfume, inseparable ya del día 3 de mayo. La Cruz Santa se perfuma, se viste con sus mejores galas: las flores. La atmósfera aligera su peso con la fragancia desprendida de los miles de ramos que glorifican el símbolo del cristiano y de la civilización europea: la Cruz.

El otro apartado que hay tener muy en cuenta y tal vez el más original es, sin lugar a dudas, el altar o "enrame" que gran parte de las viviendas realizan en su interior y en los patios o entradas a las mismas.

No existe lugar o localidad en todo el archipiélago canario en el que se observe este acontecimiento tan peculiar, inherente a la historia de La Cruz Santa. A veces nos preguntamos sobre el origen de estas manifestaciones, de su desarrollo y modelos estéticos. La historia de La Cruz Santa, que forma parte de la historia de Los Realejos, nos podría iluminar para encontrar las razones de la festividad de la Cruz y de su enraizada devoción, pues no podemos olvidar las familias que se asentaron en estas tierras, junto al actual barranco de La Raya, límite con el municipio de La Orotava, encrucijada de caminos dentro de lo que se llamó Higa. Asentamiento que hizo posible el nacimiento de La Cartaya y de las llamadas La Punta y Punta del Muro. Aquellos primitivos habitantes, procedentes de distintas regiones españolas y europeas, trajeron sus costumbres, sus hábitos, sus tradiciones que con el tiempo tomaron nueva realidad aquí, todo ello canalizado en gran medida por la actuación

de las órdenes religiosas establecidas en Los Realejos, especialmente la franciscana, gran propulsora del culto a la Pasión de Cristo y a su Cruz. El color y el ímpetu del arte andaluz - y del arte hispano, en general - se deja notar en todas estas manifestaciones domésticas, pero no podemos ignorar la intervención tan valiosa y determinante de la población portuguesa afincada en estas tierras, poco estudiada por los investigadores locales, cuya impronta cultural se deja sentir en muchas de nuestras manifestaciones sociales y artísticas. Por eso, no ponemos en duda el reflejo de las costumbres portuguesas en estos exponentes populares, sin perder de vista otras influencias.

Los altares domésticos es una tradición muy antigua, cuentan los cronistas locales. Es una manera original de hacer fiesta, pues ya no son las calles, las plazas o los espacios públicos los dominios naturales, sino también las casas, los patios, las entradas, los rincones. La fiesta lo llena todo. Cada familia abre las puertas y ventanas de su casa para la fiesta, para invitar a todos al disfrute de la misma, al goce amoroso y estético de la Cruz, de las flores, de los “enrames”. Al pasear por las calles el día 3 de mayo, o bien la víspera por la tarde, mientras nos extasiamos contemplando las capillas de cruz, debemos estar atentos a las fachadas de las casas, a las ventanas de la planta baja, pues nos sorprenden con bellos y no menos excelentes espectáculos florales.

Frente a la ventana abierta de par en par, la estancia noble se ha convertido en una capilla más. La familia ha derramado en ella todo su saber, su gusto, su educación y conocimientos artísticos, a parte de todo el cariño hacia el Santo Madero que aquí adquiere un tamaño realmente pequeño, algunas de ellas diminutas, perdidas en medio de tantas flores. En general, las paredes de la estancia se cubren con damascos o tejidos similares; al fondo, el altar escalonado con la cruz que porta el sudario, bajo el reducido dosel. Un nutrido enjambre de flores cubre todo el escalonamiento, a manera de pirámide. Han sido elegidas para esta ocasión teniendo en cuenta las dimensiones tanto de la referida estancia como de la propia cruz. Las flores más pequeñas se sitúan en la parte superior y, a medida que se desciende, crecen en tamaño, manteniendo así una acertada perspectiva visual. No hay brusquedad en la distribución de los colores y tipos de flores; la armonía y el equilibrio son las notas más características. Se completa todo el “enrame” con diversos ramos que jalonan todo el conjunto; las alfombras, los objetos de plata, alguna que otra imagen y un sinfín de velas que surgen como flechas de entre las flores, todas ellas encendidas. Y, como siempre, el perfume.

Este mismo altar, pero de una manera más simple, lo encontramos en los patios y en las entradas y, a veces, en cualquier rincón de la vivienda, manteniendo siempre la belleza y fragancia que tanto definen a esta singular expresión artística.

Y no pueden faltar otros altares que nos sorprenden por sus cortas dimensiones, pero igualmente curiosos. Nos referimos a los confeccionados por los niños, que reproducen graciosamente el esquema ya establecido. Se levantan en cualquier esquina o rincón del patio. Son estos niños los futuros responsables de mantener viva esta entrañable y valiosa tradición.

Sin embargo, hay otras expresiones de “enrames”, que dentro de su modestia y popularidad decorativas, son también fundamentales para comprender la festividad

del 3 de mayo. Son esas cruces adosadas a las fachadas de las viviendas, a las hincadas en viejas encrucijadas de caminos, a las que rematan algún elemento arquitectónico como, por ejemplo, las portadas o entradas a las fincas o zonas ajardinadas, etc. Aquí, es el ramo, la corona de flores, sujetos a la cruz. Otras veces, si las condiciones lo permiten, podemos encontrar un improvisado altar apoyado a la pared con su respectiva decoración floral. Y siempre, el perfume.

Pero el centro y la razón de la fiesta se hallan en la parroquia que lleva el nombre de la Santa Cruz. Es la parroquia del lugar que acoge aquella vieja cruz de madera encontrada por el jinete. Una cruz que tiene como protección otra cruz, tratándose de un verdadero estuche que preserva esta inestimable herencia histórica y cristiana. Al fondo del templo, a los pies del presbiterio, se yergue sobre un exquisito trono adornado por espectaculares ramos, fanales y elementos litúrgicos. De sus brazos pende el sudario de notable mérito artístico.

Y con mirada retrospectiva, las fiestas del 3 de mayo en La Cruz Santa tuvieron su identidad propia, gracias a las informaciones ofrecidas por cronistas y escritores locales. Es la otra faceta que completa la celebración: lo social, lo lúdico. Así, los preparativos de las mismas y de la feria de ganado, que tenían lugar durante aquellos días, comenzaban desde finales del mes de abril cuando se cogía la hierba que iba a servir de alimento al ganado en el tiempo festivo. También se recogían flores silvestres y de jardín para empezar con el “enrame” de las capillas, al tiempo que se preparaban postres para degustar entre los vecinos.

Luego se llevaba el ganado a la zona conocida como el Lomo la Era para hacer los tratos o ventas entre los ganaderos. Estas negociaciones eran de lo más elocuentes, cambiando un animal por otro, a no ser que encontrarán alguna diferencia, caso en el que se añadía una cabra, trigo, millo, centeno o la misma hierba seca, hasta que ambas partes se pusieran de acuerdo. Ya a media tarde, se iban todos al camino de las dos Puntas y se hacían las clásicas carreras de burros, mulas y caballos. Era muy grande la concurrencia de las gentes de otros pagos. Las apuestas eran fuertes y siempre sobre los mismos caballos participantes. El que perdía tenía que pagar o dar a cambio terreno. Finalizada la tarde, los labriegos volvían a sus casas y hacían lo que se conocía como el descanso de la holgazanería, que consistía en reposar hasta que las celebraciones acababan dos días después.

El día dos por la tarde se reunían las diferentes familias en la capilla del Lomo la Era y se daba comienzo a “la matazón”, la matanza de los animales para la comida del día y del año, pues la carne se salaba y se repartía. Cada familia la guardaba para los meses siguientes. Se cocinaban potajes de coles y se compartían con todas las familias, acompañando los platos con carne de cochino y gofio amasado. También se sacaban los mejores vinos con los que los participantes competían.

Acabada la cena, se ofrecían los postres preparados en las cestas de caña y comenzaban a visitar las cruces parándose en cada una de las casas para contemplar los “enrames”, hasta que llegaban a la capilla más cercana a sus casas, momento el que se degustaban los postres: rolón, tortas de millo y de queso, dulces de frutas, de frutos secos, etc.

Cuando la fiesta comenzaba se elegían a los “alcaldes de capillas”, que eran los

representantes de cada zona y que eran, a su vez, los representantes de las familias propietarias de las mismas. Ese día por la noche, después de la cena, éstos se reunían y elegían al “Siño” entre ellos, que venía a ser el verdadero alcalde de las fiestas y el representante de todos los demás.

Terminadas las visitas, degustados los postres y elegido el “Siño”, se hacían los bailes en la plaza de la ermita (hoy parroquia), y los padres de los jóvenes, conociendo las preferencias de sus hijos, convenían parejas para celebrar las bodas en fechas venideras. Bien entrada la madrugada, los compromisos estaban ya pactados, proponiéndose al “Siño” los nuevos novios para que les diera su bendición. En este pacto se daba a conocer “la dote” que acompañaría a la futura unión que, por parte de la mujer, solía ser casa y terreno y, por la del hombre, animales y terreno para compensar.

En la mañana del día tres se daban a conocer los ganadores del mejor vino obtenido en la cosecha del año. Después, se iniciaba la solemne procesión de la venerada Cruz que recorría toda la calle Real hasta alcanzar prácticamente todo el pago.

Ya los acontecimientos sociales y lúdicos han cambiado, pues los nuevos tiempos así lo exigen, sin embargo, la cruz, las capillas, y sus famosos y conocidos “enrames” continúan firmes, invariables, superando toda adversidad. Es uno de los más bellos legados históricos ofrecidos por La Cruz Santa a nuestro patrimonio artístico y etnográfico.